

Samaranch, catalán y político

Don Juan Antonio Samaranch se despidió ayer de la Corporación al presidir el plenario provincial correspondiente a este mes. El señor Samaranch pronunció un excelente discurso al que contestó, en nombre de sus compañeros, el vicepresidente, señor Llobet. Con las palabras de ambos y los aplausos de los asistentes, en los que se advirtió una efusiva autenticidad poco frecuente, se ha cerrado un capítulo importante en la historia de la Diputación de Barcelona, con seguridad el más considerable desde 1939, sea cual sea el punto de vista que se adopte. En efecto, el señor Samaranch ha regido la institución cuya presidencia se le confió hace cuatro años con dedicación infatigable, con tacto, con imaginación, con sentido de la anticipación y, en resumen, con pulso político admirable por su previsora concepción de las realidades que se apuntaban en el horizonte, algunas de las cuales eran impensables, servidas con realismo, tenacidad y audacia. Recuérdese, aunque ahora parezca anecdótica, que la primera "senyera" que ondeó en un edificio público lo hizo en el palacio de San Jorge, que fue en el patio de los naranjos donde se restableció el monumento en memoria de Prat de la Riba y que el rótulo de Palau de la Generalitat se colocó en la fachada de la sede provincial mucho antes de que las elecciones legislativas confirmaran la fortaleza de las reivindicaciones catalanas.

La tarea del señor Samaranch en el orden administrativo ha sido también incesante y sólida. Quien le sustituya, tras la interinidad que creará su marcha a Moscú como embajador de España, hallará una organización que funciona bien y que, además, se presenta con la dignidad, el porte y el señorío que históricamente le corresponde. Todo ello son realidades que es justo reconocer y que nadie puede negar con honradez. El nombre de Samaranch seguirá sonando en las esferas de la diplomacia y el deporte. Para los catalanes no cegados por el sectarismo, habrá sido un gran presidente de la Diputación que supo entender con inteligencia y oportunidad el curso veloz de nuestra evolución, desde el autoritarismo hasta la democracia, y fue capaz de desempeñar con talento el papel que creyó le correspondía —y acertó— como catalán y como político responsable.

El cisma Lefebvre

Con la ordenación sacerdotal realizada ayer, por segunda vez y pese a las reiteradas y solemnes advertencias del Papa, algo grave ha sucedido en la Iglesia católica. Esta era, en efecto, la impresión predominante en los ambientes eclesiológicos romanos. Se trata de la primera disidencia en la Iglesia católica desde hace más de un siglo y, como es sabido, los fenómenos cismáticos eclesiales no dejan nunca de tener cierta repercusión en la vida social y política, aunque ésta sea actualmente mucho menor por la secularización de la sociedad moderna.

Desde una perspectiva eclesiológica, el "caso Lefebvre" tiene una directa relación con la evolución emprendida por la Iglesia católica a raíz del Concilio Vaticano II. Los criterios surgidos de esta asamblea ecuménica no podían menos que suscitar reacciones negativas, por lo que suponían de novedad con las actitudes y criterios sustentados por la Iglesia católica durante los últimos siglos. La crisis de Ecône aparece así como un doloroso, pero acaso inevitable, tributo al dinamismo reformista —tan necesario, por otra parte— de la comunidad católica. En medio de una crisis profunda, que es repercusión en el campo religioso de una crisis general de civilización, son explicables las reacciones de miedo, que buscan la seguridad perdida en un retorno a las estructuras pasadas.

Por otra parte, en el cisma lefebriano están inextricablemente implicados aspectos religiosos y políticos y en su trasfondo, acaso sin que los protagonistas del mismo tengan suficiente conciencia de ello, se mueven fuerzas que no han ocultado su desazón por la evolución actual de ciertos sectores de la Iglesia católica y que están interesadas en conducir aquella evolución según sus intereses y propósitos.

Roma ha dado pruebas de mucha paciencia en este ya largo conflicto. Tampoco ahora ha querido reaccionar con inmediatez, porque no siempre la cercanía de los acontecimientos facilita las decisiones acertadas. Pero no faltará, en su momento, la palabra autorizada que clarifique una situación que crea perplejidades en la conciencia de todos los católicos.

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

El suicidio cotidiano

Entre morirse y matarse

«El hombre no se muere; se mata». No sé de quién sea la frase, pero igual pudo haberse la ingeniería un médico que un sociólogo, un moralista que un historiador. Y, desde luego, no deja de tener cierto fondo de verdad. Quizá su abusiva concisión de aforismo le confiere un aire de paradoja o, cuando menos, de caricatura. En cualquier caso, intenta subrayar el hecho de que la humanidad actual —y sin duda, la humanidad de siempre—, a consciencia o no, hace todo lo posible por autodestruirse «antes de tiempo». Claro está que un día u otro hemos de morir: de «morirnos», exactamente, si es que haciendo reflexivo el verbo parece más «natural». Lo que ocurre es que cada uno de nosotros suele comportarse de tal manera que precipita su muerte: se mata. La denuncia vale también a niveles colectivos. Nadie niega nuestra condición de «mortales», por supuesto. Se trata únicamente de advertir así la tendencia a adelantar la hora sin nuestra. En realidad, vivimos, no «muriendo» —como diría un místico o un pesimista («Al punt que hom naix comença de morir») —, sino «matándonos». Todos somos suicidas. Esta es la cuestión.

Los ejemplos más fáciles y contundentes no se le ocultan a nadie. ¿Hará falta recordar la tremenda estupidez de las guerras, esas matanzas mancomunadas y feroces, que han llegado a extremos inimaginables de eficacia y de refinamiento? Y los subproductos de las iras políticas y sociales: cámaras de gas, torturas, terrorismo, campos de concentración, presidios. Pensemos, a renglón seguido, en el «crimen» vulgar y corriente, y en los sistemas con que se pretende reprimirlo. O en la novedad de la carretera. El tráfico rodado, hoy, constituye una «causa» de defunciones —inmediatas o mediadas— colosalmente incisiva. Añadamos el asunto de la «polución del ambiente», en sus múltiples variedades: el envenenamiento silencioso y paulatino de las muchedumbres urbanas y, a la larga, de las rurales, a consecuencia de las necesidades de la industria, el comercio y la navegación. Y el trabajo: el eterno y condenado trabajo, con sus accidentes. Y... Sería el cuento de nunca acabar. En efecto: más bien que «morirnos», «nos matamos». Tenemos la sociedad organizada de este modo.

Luego viene el problema de la salud individual. Es un capítulo complejo. Porque, ¿qué no es «nocivo» para la salud? El centro del tema sería precisamente eso: la salud. Todo se conjura contra ella: los alimentos, las bebidas, lo dulce, lo salado, el esfuerzo, el sedentarismo, cualquier

cosa. Acudan ustedes a la consulta del doctor, con la excusa de un achaque, y recibirán consejos y admoniciones rigurosos. Unas oscuras campañas de prensa agregan lúgubres acentos a nuestro precario futuro personal. No hay que fumar, naturalmente. Este cigarrillo que enciendo para ayudarme a escribir me significa, según cálculos facultativos, un recorte de vida nada despreciable. Mis coronarias sufrirán lo suyo, o si no son las coronarias será otro rincón anatómico. Y si suplo el pitillo con un caramelo, mi dentadura y el equilibrio de mi azúcar tropezarán con riesgos desagradables, incluso letales. Si renuncio a unos sorbos de alcohol, perniciosos a más no poder, acudiré al agua, y el agua, no clorada, me amenaza con desastrosas infecciones, y, cuando contenga el cloro desinfectante, resulta cancerígena. Cancerígena dicen que es la sacarina, alternativa—hasta anteaer— sanitaria frente a la obesidad y a no sé cuántas enfermedades. Y no digamos ya un adorable pedazo de carne de cerdo. Las mismísimas y recomendadas verduritas —tan cargadas de vitaminas, ellas— nos llegan contaminadas, o desangeladas por la congelación...

¿Qué hacer? Hágase lo que se haga, uno se está matando. Sin darse cuenta, a menudo; a veces, dándose cuenta. Descarto de esta reflexión las angustias que rebasan el área «individual», o la condicionan con factores agobiantes: aquejamiento de la guerra, la tortura, la carretera, la polución del trabajo. Serían, éstos, unos planteamientos embrollados, que no sabría incluir en estas breves líneas. Me limitaré al «suicidio» particular: al que cada hijo de vecino decide para sí, en sus costumbres y sus concupiscencias. Mi cigarrillo, repito. O la copa que se toma antes o/y después de comer, y lo que se come. O el drama del diabético, a quien los edulcorantes químicos, acusados de nefastos por otro lado, empujarían hacia el tumor maligno. O el café. O la sal. O los aceites vegetales y las grasas animales... Uno, finalmente, concluiría que una dieta de «padre del desierto» será lo menos temible. Ni siquiera quedarse con «pan y agua», porque lo uno y lo otro son aflictivos. Tal vez unas raíces escogidas, y un arroyo preservado... Pero eso no existe. Dejó de existir. El «suicidio» cotidiano, inevitable, podrá ser ligeramente retardado. Me pregunto si vale la pena. «Muérase Marta, muérase harta», decían los castellanos viejos.

Lo curioso del lío es que, en definitiva, el ciudadano actual, esa dolorosa víctima de la polución, del «stress» y de las inicuas transgresio-

nes dietéticas, llega a viejo en un porcentaje más elevado que nunca. Incluyendo guerras, carreteras y todo lo demás, la «esperanza de vida» de la gente ha ido aumentando. Puede que todo se reduzca a una mera prestidigitación de estadísticas. No lo sé. Pero, si hay que creer a los expertos, el «hombre primitivo», sanote él, que no fumaba ni bebía licores, y cuya cocina se cenía a un asado o a un hervido, allá en sus cavernas, tuvo una «esperanza de vida» que no superaba la treintena. Matusalén es un mito; el neandertal era la realidad. Ahora, si no falla la ley del «promedio», y pese a todos los pesares, la probabilidad de alcanzar la situación de «ancianos» es mayor que nunca. Y de hecho así pasa. Jamás la Humanidad contó con un sector senil tan ancho y duradero. ¿Es que, mayoritariamente, nos resignamos a «hacer bondad»? Lo dudo. Tenemos médicos y farmacias, higiene y comida: lo que le faltaba a nuestro bisabuelo del paleolítico. ¿Entonces?

Es obvio que «nos matamos»: que nos estamos matando, con solo respirar, o nutrirnos, o intentar pasarlo bien. El «suicidio» queda claro. Cuando uno, como yo, ha llegado a acercarse a los sesenta, y aún no sufrió un patatuf, ¿qué más puede «esperar», si el uso y el abuso de los alicientes cotidianos no me preocupó? Mi esquila, mañana, no me parecería injusta, comparándome con un celtibero antiquísimo, que ignoraba el tabaco y el whisky. Mi cupo de vida está cumplido: lo que venga será pura propina. Y supongo que el esquema servirá para cualquier lector. Además, la «plétora demográfica» a que estamos abocados es una inminencia razonablemente digna de tenerse en cuenta. A nadie le gusta morir: excepto a los héroes y a los mártires, a nadie. Estos se matan directamente, o provocan a que los maten. El personal gris, laborioso, escéptico, ha de «morirse» o —¿por qué no?— de «matarse», para dejar sitio a los que nos sobrevienen. Cada nene que nace desplaza a un viejo... Yo diría que, puesto que nos estamos «suicidando» sin remedio, y que importa que nos «suicidemos», será preferible comer una tajada de puerco, beber el vino más docto, exhalar drogas. Y no hablo del amor, porque, a esta edad, empiezan las dificultades... «Carpe diem!».

Este es el comentario de un cínico. De uno que, antes que «morirse», prefiere «matarse», ¡ay!

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

EL CELIBATO SACERDOTAL

Señor Director: Con el deseo de que se publique esta carta, me gustaría también a mi echar mi cuarto a espadas en la reciente polémica epistolar sobre el celibato sacerdotal. Creo haber leído todas las cartas y se me ha dibujado airadamente la personalidad de los que las han escrito. Y a través de estas cartas me hago todas estas preguntas. Dado que los pastores de la Iglesia están asistidos del Espíritu Santo, ¿lo están también los cristianos de rebaño? Si lo están, ¿por qué no se les consulta —sin necesidad de «referéndums»— a estos cristianos de rebaño? Observando recientes equivocaciones de los pastores de la Iglesia, ¿no sería mejor que se reconociera de que de vez en cuando la asistencia del Espíritu es ineficaz ante las innegables limitaciones humanas, señalando incluso casos concretos? ¿Saben los pastores con toda exactitud quiénes son los cumplidores y quiénes los incumplidores de la ley celibataria? Llevan estadísticas? ¿Las podríamos saber? ¿Cuántos cumplen gozosos esta obligación libremente asumida? ¿Cuántos sólo por ser un imperativo legal? ¿Cuántos, consiente o inconscientemente, se aferran a un pseudoconsuelo?

Conozco muchos casados que habrían gobernado una diócesis o una parroquia mejor que muchos de los formados en seminarios, y pregunto, ¿por qué no se les pueden conferir estos cargos? He oído a un pastor decir que el descenso de vocaciones se debe a ausencia de espíritu de sacrificio, y pregunto: ¿Con esta respuesta tan sencilla está ya resuelto un problema tan complejo? Soy católico convencido y mi opinión no tesis —es que para ser célibe se requiere ser un hombre fuera de serie, y preferiría, como cristiano de rebaño, que nuestros pastores fuesen hombres comunes.

M. E. G.

Señor Director: En contestación a la carta aparecida en el diario de su digna dirección el 11 de junio actual, firmada con las iniciales R. C. H., quisiera aclarar a dicho señor o señora que el pasaje acerca de los que se castran voluntariamente por amor del Reino de Dios (o de los Cielos), existe realmente en la Biblia, Evangelio de San Mateo, Cap. XIX, Vers. 10-12.

Es evidente que aquí se trata de una castración en sentido espiritual, es decir, de un voto de celibato, y no de una castración material, como la que practico sobre sí mismo el doctor griego Orígenes.

También quisiera citar a este respecto un pasaje de San Pablo, Ep. 1.º a los

Corintios, Cap. VII, Vers. 32-33, que si no constituye una orden expresa, si es un consejo muy digno de tener en cuenta, y que el clero anglicano se ha saltado alegremente a la torera. Dice así: «El que está sin mujer, está cuidadoso de las cosas que son del Señor, de cómo ha de agradar a Dios. Pero el que usa con mujer, está cuidadoso de las cosas que son del mundo, de cómo ha de dar gusto a su mujer, y anda dividido».

F. BLANCO

Señor Director: Se habla, se comenta mucho del derecho de los sacerdotes a contraer matrimonio. Hay quien es partidario y quien no. Por mi parte, no entro ni salgo en la cuestión. Creo que cada uno puede hacer de su capa un sayo, pero desde aquí me permitiría una reflexión: ¿Aparte de los sacerdotes católicos, qué otro hombre puede escudarse en su misterio, en su vocación, para no contraer matrimonio? ¿Quiénes, que no sean ellos, tienen tanta ventaja?

Reconozcamos, empero, que el espíritu de sacrificio de nuestros sacerdotes —sólo de algunos— es de todo punto encomiable, pues incluso están dispuestos a renunciar a ella. ¿No es admirable?

Abel SANCHEZ

«A DOS JOVENES DEL "TIRON"»

Señor Director: Nosé si leeréis este ejemplar de «La Vanguardia», pero por si acaso lo hicierais, os ruego pensad con la cabeza y el corazón en lo que os dice esta madre de familia: —El día 25 de junio, hacia las 3.15 horas de la tarde, en el cruce de las calles Sebastida-Cartellá (Horta-Barcelona), conseguisteis quitarme el bolso, por el procedimiento del «tiron».

—No os reclamo los varios centenares de pesetas que en él habian, que forman parte de nuestro botín.

—Pero no sé si os habéis fijado en el resto de papeles, recuerdos y fotografías que contenía, que demuestran: a) que estamos enfermos, ya que iba al ambulatorio de la S. S. en busca de más medicamento. b) que iba a buscar el alta laboral de mi esposo, enfermo desde hace muchos años, de baja en el trabajo unos días, y sujeto a varios medicamentos, según recetas que llevaba en el bolso. c) a él y a nuestros tres hijos, tuve que dar el disgusto consiguiendo al regresar a casa, ante vuestra osadía. —Que había un juego de llaves y unos lentes opacos que preciso ante el exceso de sol. —Que había mi Documento Nacional de Identidad, vigente. —Que había la cartilla de la S.S.

familiar y varias tarjetas de visita a unos tantos especialistas. Todo ello requerirá un «duplicado» laborioso que nos complicará aún más la vida dificultosa que ya llevamos. Por ello, y apelando a vuestra conciencia y buenos sentimientos que no podáis haber perdido a tan temprana edad, ¿sería pediros mucho que lo que no os interesa de mi bolso, pueda recogerlo donde digáis, o en Mayoría Municipal «sección objetos perdidos»?

Gracias por anticipado. Ramona MONTRAS DE CASAS

LA EDUCACION Y EL DERECHO DE LOS PADRES

Señor Director: Me permito dirigirla estas líneas, no para protestar ni censurar, desde la tribuna de las cartas al director, sino todo lo contrario: agradecer. Es satisfactorio el contenido de la entrevista de F. Monegal a los directivos de la Asociación Provincial de Centros Autónomos de Enseñanza, en la que se defiende un derecho irrenunciable de la familia: la elección del centro educativo de sus hijos en función de su orientación ideológica, filosófica o religiosa, y este derecho no es algo improvisado, consta en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Ahora más que nunca hay que defender este derecho, cuando el P.S.C., partido mayoritario catalán, dice en su programa que «... el endoctrinamiento específico de cada grupo ideológico (filosófico, religioso, político...) habrá de fer-se a través d'altres fórmules diferents del servei públic d'ensenyament». Señores del P.S.C. ¿y los derechos humanos? De acuerdo en que la enseñanza sea gratuita, pero es un simplismo que ataca a los tan traídos y llevados derechos humanos, la escuela única.

R. L. G.

LOS VALORES ELECTRICOS

Sr. Director: Creo que mi mejor presentación es la que se deriva de comprar y leer LA VANGUARDIA desde 1919. Año más año menos. Y no precisamente en reciprocidad me atrevo a pedirle un favor: Hablaré de BOLSA y no concretamente de ELECTRICAS. Cientos de miles de familias poseen sus ahorros en «Eléctricas» (la mía entre ellas). ¿Por qué la inversión en este sector? Sencillo, por no considerarlo especulativo. La gradual y progresiva deterioración del repetido sector tiene, a mi juicio, una base primordial: El temor a una «nacionalización». Y no dude, señor Di-

rector, que este temor —y depreciación— está causando seria preocupación a todos los «inversionistas». Ante ello, le ruego «encarecidamente»: No podría «La Vanguardia» dentro sus servicios económicos, «hablar» de ello mencionando por ejemplo: 1) ¿Se cree probable llegar a la «nacionalización»? 2) Caso que así fuese, ¿en qué forma «legal» se realizaría? 3) Cualquier aclaración adicional (Países donde existe la nacionalización, marcha de las empresas en estos países —comparándolas con los no nacionalizados; ejemplos de nacionalizaciones como RENFE), etc. 4) Creo firmemente que «algo» que fortaleciera el decaído ánimo de los inversores en este sector representaría una gran ayuda moral —y quizá material— a los mismos.

A. MASCORT

LAS COSAS DE ULTIMA HORA

Señor Director: El señor Tomás Vergés en su carta publicada el 24-6-77 manifiesta su protesta por la pérdida de tiempo que ha tenido que sufrir para la obtención de su pasaporte, y se pregunta: ¿Hay arreglo a todo ello? Pues sí, señor Vergés, hay arreglo. Trate de obtener su pasaporte en otras fechas, por ejemplo en el mes de noviembre, y verá que todo se resuelve en un momento. Si España es «diferente» no lo es por la existencia del pasaporte (y que conste que personalmente soy partidario de su total desaparición), sino por este «hobby» nacional de dejar las cosas para el último día: obtener el pasaporte, pagar el impuesto de circulación, formular la declaración de renta, renovar el carnet de identidad, y un largo etcétera. Se puede discutir la existencia de todas aquellas obligaciones formales, pero admitida su existencia no se puede pretender que la Administración movilice un ejército de funcionarios sólo porque los españoles lo dejamos todo para el último minuto del último día.

Jorge VILADOT

RTVE Y LOS CAMBIOS

Señor Director: Después de la final de la Copa del Rey, Televisión Española nos anuncia que ha decidido cambiar la película por otra, por si acaso hubiese algún niño levantado. Entiendo que Televisión Española tiene la facultad de cambiar las películas, pero para decidir sobre los españoles, ya que es facultad de los padres determinar si una película es buena para su hijo o no. Televisión debe limitarse a poner uno o dos rombos.

J. R. F.